

A pesar del estado de inferioridad y de servidumbre a que estaba reducida la mujer, ninguna de las religiones antiguas, si se exceptúa quizá la de los galos y de los germanos, concedió a la mujer más eficaz protección.

Una mutua benevolencia, una extremada dulzura de costumbres, he ahí lo que produjo la influencia de una doctrina que, viendo en todos los seres sin excepción emanaciones de la Divinidad, había de llegar a reconocer en cada uno de ellos algo de divino y de inviolable.

Pero al lado de esto, el sistema de las castas, consecuencia inevitable de esta creencia, era una flagrante violación de la dignidad humana. Por otra parte, el mérito atribuido a la vida contemplativa, a la ascética, y la persuasión en que se estaba de que todo sobre la tierra no era más que ilusión y vanidad, transformaba la sociedad entera en un vasto convento de donde toda espontaneidad y toda variedad estaban desterradas.

PAÚL GILLE

El Problema de la Enseñanza

Por oposición a la enseñanza religiosa, a la que cada vez muéstranse más refractarias gentes de muy diversas ideas políticas y sociales, se preconiza y actúa las enseñanzas laica, neutral y racionalista.

Al principio, el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones populares. Pero cuando se fué comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en lugar de Dios, surgió la idea de una enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se disciplinan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es *educar*, inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, toda imposición, se levantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad, la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista; o según nuevas y posibles denominaciones naturalista, realista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que lo propagan o practican. El neutralismo, por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced del preceptor según el grado en que sea capaz de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religiosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y de todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Pero todo el mundo reconocerá llanamente que tan solo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosas,